



Luis Alberto Urrea

Buenas noches,
Irene

AdN

Luis Alberto Urrea

Buenas noches,
Irene

Traducido del inglés por
Francisco González López

AdN

Título original: *Good Night, Irene*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown & Company,
New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Summa Brading

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Luis Alberto Urrea
© de la traducción: Francisco González López, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-32-2

Depósito legal: M. 6.280-2024

Printed in Spain

*Dedico este libro a mi madre,
Phyllis de Urrea (1916-1990).*

*Durante la Segunda Guerra Mundial era conocida
como Phyllis McLaughlin.*

*Trabajó junto con Jill Pitts Knappenberger y Helen Anderson
en el Cuerpo de Clubmobiles de la Cruz Roja Americana, a bordo
del Cheyenne, recorriendo las carreteras y lugares que se visitan
en la presente novela.*

D. E. P., heroínas.

** * **

*Y esta línea se la dedico especialmente a Cinderella,
por acompañarme en esta aventura durante miles de kilómetros,
por visitar conmigo innumerables museos y almacenes y ruinas
y archivos y países y crematorios. Por ayudarme a entrevistar
a supervivientes y a expertos. Y por leer cientos de borradores.*

Todo, siempre.

Hay quien cree que somos muy valientes, pero en realidad es el desconocimiento lo que nos hace no tener miedo. Otros creen que somos unas mocosas..., algunas lo somos. Otros piensan que estaríamos mejor en casa, que es el lugar que solía corresponder a las mujeres... hace doscientos años o así. Otros se nos quedan mirando, mueven la cabeza con incredulidad. Algunos nos vitorean, otros gritan y saludan; todo el mundo nos saluda. Te devoran, te veneran, algunos creen que eres humana y otros no... Eres una chica de la Cruz Roja. Tu misión es repartir tentempiés y encanto. Eres una recluta atractiva y graciosa. Eres carisma con patas.

Carta anónima de la Segunda Guerra Mundial
The Clubmobile—The ARC in the Storm
MARJORIE LEE MORGAN

No comprendo cómo puede usted
pasar y no verla.

Irene
JOAN MANUEL SERRAT



PRIMERA PARTE
Así es como recordamos

1

Y entonces Irene Woodward huyó de Nueva York y se fue a la guerra.

Era principios de octubre de 1943. Tenía veinticinco años. Metió la carta de admisión oficial en el monedero. Nunca se había presentado voluntaria a nada en su vida. Además de eso, en el bolso llevaba la dirección del hotel de Washington donde debía presentarse, la hoja de reserva y la cita para el examen médico y la administración de vacunas en el Pentágono. El Departamento de Guerra no le había costado el billete. Tampoco la Cruz Roja. Algunos de los documentos tenían estampado **SECRETO**. Los llevaba escondidos en el fondo del bolso en bandolera, que estaba encima de la maleta, sujeto mediante correas. Se sentía peligrosa, como una prófuga. Nadie estaba al tanto, se había marchado cuando nadie miraba. La emperatriz de las huidas.

Y cuánta intriga; la habían entrevistado muchas veces. Tuvo que ir de tapadillo a las oficinas de la Región Atlántica para que la inspeccionasen. Recoger subrepticamente las cartas de recomendación para que nadie de su familia supiese lo que estaba haciendo. Se había alistado como trabajadora en la Cruz Roja Americana y se había ofrecido como voluntaria para el extranjero. El tiempo que durase la guerra —fuera lo que fuese, salvo lesión o falta grave— y seis meses más. La aceptaron y tuvo que completar dos semanas de formación en la Universidad Americana de Washington D. C.

La mañana que abandonó Nueva York, el aire era lo bastante frío como para ponerse una blusa blanca de manga larga bajo un

jersey rojo pálido. Le vino bien, ya que no quería que nadie se fijase en sus brazos. Se alegró de no necesitar bufanda. Se había maquillado los ojos con sumo cuidado; era una experta en correctores antiojeras. Estaba segura de que nadie se daría cuenta. Quizá pareciese que había llorado un poco por tener que irse. No obstante, sobre la cabeza llevaba unas gafas de sol que sus amigos llamaban «las tramposas». Muy oscuras. Muy Bette Davis. Por lo que pudiera pasar.

Su anillo de compromiso estaba en el desagüe de la calle Veintiocho Este, a medio camino entre Lexington y Park. El taxi la había recogido allí aún a oscuras. Probablemente el anillo iba rodando alcantarilla abajo, camino del río.

Antes de estar prometida, Irene había dejado Staten Island y se había mudado a Washington D. C., según contaban, para encontrarse a sí misma. En una familia cuya tía mayor se hizo famosa por ser la primera mujer blanca en remontar el Amazonas, este tipo de cosas se veían con normalidad.

Irene había emprendido sin éxito varias carreras profesionales en Washington, pues era irremediamente inquieta y nunca estaba satisfecha. Primero fue secretaria de un congresista. Luego estuvo trabajando como vendedora de joyas en una boutique de lujo. Demasiado orgullosa para pedir dinero a los Woodward, llegó a trabajar como institutriz para una familia prominente. Cuando se vio vendiendo entradas por la noche en un teatro de *burlesque* e incluso contemplando la posibilidad de trabajar como camarera en una cafetería, supo que había llegado el momento de admitir la derrota y regresar a casa.

Los tres últimos años había estado trabajando a destajo en la tienda de antigüedades de Madre, incluso se quedaba al cargo de la tienda cuando su progenitora iba de viaje en busca de nuevas adquisiciones. Woodward's Antiques representaba el máximo logro de Madre e Irene tomó diligentemente el relevo. Para la familia, el nombre mostrado en el escaparate era casi más importante

que los artículos que vendían dentro. Los anclaba, sobre todo a las mujeres, a determinado estatus en la sociedad local que era independiente de con quién contrajesen matrimonio. Ante todo eran Woodward, matriarcas de Nueva York.

Pero fue en la tienda de antigüedades donde Irene conoció a su notorio pretendiente, el hijo de una importante familia relacionada con la política. Unas cuantas cenas regadas con exquisito champán y otros tantos ramos de flores para Madre bastaron para que la familia decidiese que él era exactamente lo que ella necesitaba. Madre inició su particular campaña, recordándole a Irene que ya tenía una edad, pese a que acababa de cumplir veintitrés años cuando él le propuso matrimonio.

Ella sentía cariño por aquel joven, pero no tenía ninguna intención de casarse con nadie. Había vivido de cerca los matrimonios de su madre y era algo que escapaba a su interés. Vivía en la segunda residencia de esta, un ordenado apartamento en la segunda planta de un edificio de arenisca del que Madre solo hacía uso en ocasiones especiales o cuando iba a la parte alta de Broadway a comprar antigüedades para la tienda. Irene sabía que nadie de su familia habría tenido a bien que ella se fuese a vivir con su pretendiente. Habría sido un escándalo que la perseguiría para los restos. Así que no lo hizo. Lo que, por supuesto, reforzó su decisión de meterlo a escondidas en el apartamento siempre que podía.

Si había aceptado la propuesta de matrimonio había sido por insistencia de los Woodward. No se trataba de dinero; al fin y al cabo, eso era lo de menos. Aunque a nadie le desagradaba su patrimonio, por supuesto. Simplemente era algo de lo que no se hablaba. Era una cuestión de índole social. Las posibles consecuencias de los contactos del joven. El padre era oficial de alto rango de la Marina, uno de los que asesoraban a Roosevelt. Y su hijo estaba destinado a ser un político de extraordinarios méritos. Su familia entera quería ser su novia, pensó Irene. Con respecto a su prometido, ella también tendría que lidiar con la familia de él, la cual anhelaba que su hijo se desposase con una buena mujer,

adecuada para su clase. Ella había conseguido aplazar la boda dos años enteros, y ahora esto.

No lo aprobarían y eso le arrancó una leve sonrisa en la oscuridad del taxi. Se quedarían horrorizados, pero tampoco les sorprendería tanto. Irene era famosa por sus huidas: una vez, en la casa familiar de Staten Island, saltó por la ventana del segundo piso para escapar de un terrible padrastro. Aterrizó en la nieve y se dirigió a trompicones a su arboleda secreta en el bosque. Pero la huida más infame tuvo lugar después de la batalla a gritos con Madre tras este suceso, el sábado siguiente, cuando cogió todo el dinero de la caja que su progenitora guardaba en la despensa y se fue a la ciudad, donde tomó un Ford Trimotor rumbo a Virginia Occidental para ver a su tía Sarah, a quien llamó desde el aeropuerto de Charleston. Tenía trece años. Nadie se dio cuenta de que se había ido hasta que su tía telefoneó a Madre para preguntarle cuánto tiempo pensaba quedarse la niña en su casa.

A Irene se le escapó una risita.

Las monjas de Staten Island le pidieron en cierta ocasión que saliese del cascarón. ¿Qué significaba eso de salir del cascarón? ¿Y a dónde exactamente? No les hizo ningún caso. Y tampoco a la recomendación de escribir «Jesús» en un trozo de papel y meterlo en un zapato para que cada paso fuese como una oración automática. Ella ni siquiera era católica. Pero, mira por dónde, ahora estaba saliendo del cascarón.

El taxi atravesaba la oscuridad mientras las lindes de la noche se incendiaban en el este, recortando las siluetas rojas de los edificios.

Irene se quedó en silencio.

El taxista la dejó en la Séptima Avenida. Caminó hacia Penn Station tratando de conservar la elegancia mientras tiraba de las maletas. Ochenta y cuatro columnas de granito ligeramente rosado le dieron la bienvenida. Aquella mañana, una tempestad de pasos y gritos y portazos y anuncios por megafonía resonaba en el vasto interior de la estación, cuyo diseño estaba inspirado en las termas de Caracalla. Iba a echar de menos Nueva York.

El sol se había quedado rezagado en el cielo tras ella. La luz se colaba por las claraboyas del techo y llegaba hasta el retumbante suelo. Parecía un templo antiguo, como una catedral extraña. Cada vez que entraba allí, volvía a tener siete años. Ancianos y niños vendiendo periódicos. Un desfile de sombreros y multitud de acentos e idiomas extraños que ella aún no había oído. Soldados y marineros despatarrados en los bancos, fumando. Señores negros de uniforme empujando carros de equipaje que tal vez fuesen cofres de municiones. Se quedó mirando su querido laberinto. ¿Qué minotauro la esperaba? «Maldita sea, Irene, ¿por qué tienes que tienes que ser tan exquisita?» Esas fueron las palabras que él le había dicho con sosegado desdén la noche en que todo saltó por los aires.

Entregó las maletas a un mozo de equipajes que estaba en el vestíbulo principal y se quedó con la bandolera de cuero y el bolso colgados del mismo hombro, una sobre el otro.

En el segundo llevaba el último ejemplar de las revistas *Vogue* y *New Yorker*, el que contenía el cuento más reciente de John Cheever. Aunque a veces no los entendía bien, siempre la invadía una deliciosa melancolía al leerlos. También llevaba cuadernos, lápices y bolígrafos, una lata de caramelitos de frambuesa, pintalabios y maquillaje en polvo, peines y la novela de papá Hemingway sobre la guerra. El bolso pesaba mucho. Debajo de todos estos objetos, enterrados a buen recaudo, estaban sus documentos oficiales. A su alrededor olía a frutos secos tostados, palomitas, café, puros, pipas, colonia y cigarrillos Chesterfield.

El mozo la condujo a la zona de embarque entre trenes. La que podría haber sido la voz de Zeus si este fuera de Queens bramó por los altavoces: «Pasajeros del tren 107, embarquen por la vía tres».

El mozo metió las maletas en el vagón de equipajes.

—Muchas gracias —dijo ella y le entregó cincuenta centavos de propina.

La piel del muchacho era del color de la noche. Irene se percató del cuidado que puso en no rozarle la mano cuando ella dejó caer las monedas sobre su palma.

—Dios la bendiga, señorita —contestó él—. Y Dios bendiga a América.

En un cartel de propaganda pegado a una columna cercana se veía a un soldado coronando un escarpado pico con la bandera estadounidense ondeando al viento. BONOS DE GUERRA.

—Vamos a ganar —dijo Irene.

—Claro que sí.

—Pase lo que pase.

—No puede ser de otra manera —convino el mozo.

El revisor del tren se acercó a ella con su elegante gorra y la cogió por el codo; le recordó a su tío Will, hasta llevaba las mismas gafas doradas. La ayudó a subir al vagón. Se acomodó en un luminoso asiento junto a la ventanilla, en el lado izquierdo del tren, el mejor para ver el bosque y vislumbrar el agua en dirección sur. Quería ver el pequeño continente de Staten Island para despedirse de él. Su pueblo, Richmond, con sus casas encantadas de la época de la guerra de Independencia. Aquel islote destartalado que parecía encogerse de hombros bajo la sombra de Nueva York siempre se le antojó simpático, como un anciano tomando un café en la entrada de su casa.

Se deleitó pensando en el caos que había dejado atrás, en el apartamento. La llave bajo el felpudo, como siempre. Ni una mísera nota. Todas sus fotografías arrancadas de los álbumes. La ropa y los zapatos que no había metido en la maleta habían ido a la basura.

Él entraría y notaría algo raro. Abriría un cajón. Se sentaría a la mesa y se tomaría un vaso de whisky. Irene se dio cuenta en ese momento de lo ridículo y predecible que era. Se pondría furioso al saberse vencido. Tendría lugar un periodo de silencio, varios días, seguido de una llamada telefónica a los Woodward dando muestras de una preocupación aún sensata. Le preguntaría a Madre si había visto a Irene. Y, si no estaba, probaría en la casa de campo de Mattituck, en Long Island. No cejaría en su empeño. Sus sospechas empezarán por la propia familia: seguramente llegaría a la conclusión de que se trataba de un complot para humi-

llarlo. Sonrió satisfecha. Ella tampoco se lo había contado a su familia.

Colocó el bolso en bandolera en el asiento de al lado para disuadir a los caballeros demasiado amistosos de sentarse en él. Desenredó las «tramposas» del nido de cabello moreno. Hoy tenía rizos. Por una vez no se los había arrancado con el cepillo. Metió las gafas en el bolso.

Fuera de la ventana, los gorriones y las palomas patrullaban en busca de migajas. Se estaban peleando por los cacahuetes. Una rata afanó uno y desapareció por la plataforma. Irene amaba su ciudad. El corazón se le rasgaría como papel cuando la locomotora se pusiera en marcha. Sabía que habría un túnel con paredes de piedra y que de repente saldrían a plena luz del día y habría árboles titilando bajo los rayos del sol.

Tañeron las campanas y miró su propio rostro en la ventana.

—Lo vas a hacer bien —dijo en voz alta a su reflejo. Tenía los ojos de color avellana y estaba harta de explicar de qué tonalidad cromática eran.

Sintió una leve euforia cuando el revisor gritó: «¡Todo el mundo a bordo!» y cerró de golpe la puerta del vagón y sonó el silbato y el enorme tren rugió como una bestia y se alejó de la estación entre chirridos.

Todos los hombres del linaje de los Woodward habían ido a la guerra. ¿Por qué no podía ir alguna mujer? Además, se trataba de la Cruz Roja. No había armas ni nada de eso. Irene apartó la muerte de sus pensamientos. Se enorgullecía de su capacidad para hacerlo: espantaba las ideas de su mente con la misma facilidad con que espantaba a los gatos que merodeaban por las inmediaciones de su casa. Regodearse en esas ideas no tenía ningún sentido.

Staten Island no tardó en asomar por el horizonte, pero, antes de que le diese tiempo a ver Old Richmond Town, el tren ya se había alejado.

Cuando cruzaron la frontera estatal, tomó realmente conciencia de lo que estaba haciendo. Imaginó a mujeres de todo el país abandonando su hogar para ir a Washington D. C., deseando compartir con ella todas sus historias, emociones y alegrías. Irene había pasado la mayor parte de su vida rodeada de mujeres Woodward de difícil carácter y de algunos hombres. No había tenido amistades con las que jugar de niña, salvo sus terribles y divertidos primos varones de Long Island. ¡Menudos cafres estaban hechos! A Irene le encantaba verlos corretear con sus petos vaqueros, subiéndose a los vagones viejos y abandonados que había en el campo o jugando a conducir el Ford T de Jack Dashiell, que bautizaron como la Plataforma y que consistía en un par de sillas y un sofá maltrecho atados al chasis del vehículo. Jack era un muchacho que pretendió a Irene el verano después de terminar el instituto. Había comprado aquel trozo de chatarra por diez pavos. Todos se emborrachaban gracias a las botellas de burbon que el tío Will escondía en el granero y se fumaban sus puros. Los chicos le enseñaron a escupir. Jamás se pintaba los labios ni se ponía falda cuando estaba con ellos. Una vez, en Coney Island, ganaron una cría de caimán por diez centavos en un juego de lanzamiento de anillas y le regalaron galantemente la pesada cajita. Irene sintió a la criatura arañando el interior durante todo el camino de vuelta a casa. Hospedó al monstruo en la bañera hasta que su madre lo tiró por el retrete. Desde entonces, los chavales la llamaban la Caimana.

Los chicos seguían siendo sus seres humanos favoritos a pesar de su prometido.

A ella le habría gustado volver a Old Richmond Town, a su casa victoriana, con su elegante decadencia y su destartalado porche de lectura. Estaba hacia mitad de la calle desde la iglesia de Saint Patrick. Su habitación de la infancia seguía allí, encima del porche: el museo Irene, con sus estanterías llenas de enciclopedias viejas y libros manoseados, sus peluches descabezando una siestecita en la cama. En varias ocasiones, a lo largo de los años, había ido allí en busca de refugio. Lo cual era comprensible: desde la

orilla, la isla ofrecía vistas de la Gran Ciudadela, situada al otro lado de la bahía. Paseaba por la ribera y contemplaba sus edificios favoritos: el Empire State, el Chrysler... Los transbordadores eran sus barcos preferidos. Aún era lo bastante niña como para creer que Kong podía estar en lo alto de algún rascacielos, espantando biplanos. Y, por supuesto, la emoción de ver la estatua de la Libertad, sobre todo bajo la lluvia. Pero nada le gustaba tanto como el bosque que había al lado de su casa.

Irene empezó a morderse el esmalte de las uñas. Recordó que, siempre que iba a aquella casa, hacía una escapada a ese bosque. Durante su infancia, cada vez que desafiaba a Madre o a quienquiera que a la sazón fuese su padre —el último fue un húngaro—, cogía su libro favorito del momento y se marchaba. De camino, en pantalones cortos y sandalias, tenía la rutina de pararse a husmear las habitaciones y los sótanos encantados de las viejas casas abandonadas. Imaginaba que la guerra sería así. Deambular de un lado a otro. Llenar cuadernos de grandes pensamientos. Si acaso, un poco de humo flotando entre los árboles.

Detrás de ella, un hombre estornudó como una sirena antiaérea. Su compañero de asiento dijo:

—¡Jesús, Benny!

Irene no les prestó atención.

Al llegar a un cruce, un convoy de camiones se quedó esperando a que el tren pasara; hasta donde le alcanzaba la vista, solo veía tanques sobre remolques planos. Todo era guerra, constantemente. Se preguntó cómo sería su uniforme.

El silbato emitió una especie de grito e Irene abrió los ojos. El tren redujo la velocidad con un chirrido ensordecedor. Un pueblucho de Jersey apareció a la derecha y el revisor enfiló el pasillo y procedió a picar los billetes. El rumor de los periódicos se intensificó cuando los hombres de traje marrón desplegaron las hojas a modo de baluarte contra la invasión, protegiendo así sus islas de espacio frente a los nuevos viajeros. Sombreros Fedora por todas partes.

—¿Todo bien? —le preguntó el revisor. Tenía bigotes de morsa blancos.

—Intentando mantener la elegancia —respondió ella.

Él picó el billete y lo introdujo en el respaldo del asiento.

—Estupendo —dijo este mientras se alejaba, rozándose las rodillas con los asientos del pasillo.

En el andén, el habitual cónclave de hombres con cara de disgusto. Irene ansiaba encontrar a alguna hermana de armas que tomase el tren a Washington. Alguien con quien conversar un poco. No había nadie ni remotamente parecido a ella.

Pero entonces apareció un soldado. Era más alto que los hombres que lo rodeaban y llevaba el pelo al rape y un estiloso gorro de cuartel terciado sobre el ojo izquierdo. Le pareció que tenía cuarenta años, aunque igual no llegaba a los veintisiete. Llevaba unas cintas de colores prendidas en el pecho. Cuando la muchedumbre subió los escalones que conducían al vagón, Irene hizo uso de todo su carisma y lo proyectó hacia la puerta. Uno de sus primos solía decir que ella atrapaba a los chicos con la misma facilidad con la que se pesca un bagre con un cebo de salchicha de Bolonia. Era una gran seductora y tenía un don hipnótico para hacer que los hombres se sintiesen importantes incluso cuando, en el fondo, se estaba riendo de ellos. Era su poder y su protección.

Lo que resultaba más difícil era conseguir que un tipo pasara de largo, a ser posible, en silencio. Muchos se detenían junto a su asiento, mirando expectantes el bolso en bandolera a la espera de que Irene lo quitase; luego resoplaban o agitaban el maletín mientras se alejaban. Era peor la ignorancia que el rechazo.

«Eres una mocosa insufrible —se reprendió a sí misma y luego se reconvino—: No lo soy.»

Cuando el soldado subió a bordo, Irene lo miró fijamente. Luego levantó un dedo e inclinó la barbilla hacia el asiento contiguo. Él asintió con la cabeza, se quitó el gorro y lo remitió por el cinturón. Cojeaba un poco y llevaba un bastón, hecho en el que ella no había reparado en el andén. En el uniforme llevaba la insignia del corazón púrpura. A lo largo de todo el pasillo, la gente le daba

palmaditas o murmuraba cumplidos, a lo que él asentía sin sonreír. Les estrechaba la mano sin mirarlos.

Irene apartó el bolso y él se sentó. Extendió la pierna hacia el pasillo y apoyó el bastón entre los muslos y el borde del asiento.

—Gracias —dijo. A renglón seguido cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Ella se sorprendió a sí misma mirándolo. El soldado poseía la quietud de una estatua. Tenía una cicatriz en la comisura del ojo. Una pelusa brillante le cubría la nuez de Adán.

Entonces apareció el revisor, le tocó con el codo y le entregó un periódico.

—Aquí tiene, sargento —dijo—. El *Herald* de hoy.

—Gracias, señor.

—No, gracias a usted, hijo.

El soldado abrió el periódico.

—¿Cómo fue la cosa? —preguntó aquel.

—Mucho calor, señor.

El revisor bajó la mirada, como si esperase algo más.

—¿En el Pacífico? —dijo.

El soldado asintió con la cabeza. Una sola vez.

—Muchas palmeras —apuntó.

El hombre le dio una palmadita en el hombro y siguió vagón abajo.

Él examinó el periódico.

—Así que es usted sargento —dijo Irene.

Volvió a asentir con la cabeza. Olía a loción de afeitado y a tabaco.

—¡Todo el mundo a bordo! —dijo el revisor, que, agarrándose con una mano, sacó medio cuerpo fuera del vagón, saludó al maquinista y cerró la puerta. El tren reanudó su marcha.

Ella se quedó observando al soldado hasta que este la miró.

—No quiero hablar de eso —espetó.

—¿Todo el mundo se lo pide?

—Usted misma, sin ir más lejos.

Irene apartó la mirada.

—¿Por eso tiene la pierna así? —le preguntó, mirando por la ventana.

—¿Qué pierna? —Se rio expulsando el aire por la nariz, un resoplido amargo, y luego se inclinó para golpearse la extremidad, que emitió un sonido hueco—. Metal —aclaró.

—Enséñemela —pidió ella, optando por ser audaz. La audacia siempre funcionaba.

El soldado se quedó sorprendido, pero se subió la pernera.

—Brillante, ¿eh? —dijo él.

Irene le puso la mano en el antebrazo.

—Lo siento. —Echó un rápido vistazo a la pierna y luego alzó la mirada, mostrándole el color de sus ojos en todo su esplendor.

Al parecer era daltónico. Volvió al periódico.

—No se preocupe, señorita. Tenía una de repuesto.

—¿Le dolió mucho? —Se odió a sí misma por preguntar aquello.

—Morfina. El desayuno de los campeones. —Abrió el *Herald* por la sección de deportes.

Irene vio a Spud Chandler y Stan Musial entre los titulares. No sabía por qué seguía hablando con él. Era como una compulsión.

—¿Le gusta el béisbol? —le preguntó. El soldado se acercó al periódico a la cara—. Necesito su consejo —volvió a decir. Por toda respuesta, el hombre gruñó—. Voy a la guerra. Ya está, ya lo he dicho.

El soldado puso el *Herald* a un lado.

—Dios mío.

—Eso es lo que quería decirle.

Entonces fue él quien preguntó de forma compulsiva:

—¿A qué rama? ¿Al Cuerpo de Mujeres? ¿De voluntaria en el servicio de emergencias?

—La Cruz Roja.

El soldado pareció relajarse.

—Comando de orinales. Aun así, la enfermería es un trabajo duro.

—No soy enfermera.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué?

—Clubmobiles.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué diablos es eso?

—Un servicio móvil. Confort, apoyo moral. Por lo que sé, vamos a asistir a las tropas sobre el terreno. Haremos café y donuts. En camiones.

—¿Van a hacer qué?

—Café. Y donuts. —El soldado se rio—. Clubmobiles —siguió explicando Irene—. Un club de la Cruz Roja... sobre ruedas.

—Donuts —dijo él, meneando la cabeza—. Lo que me faltaba por oír.

A ella no le agradó su tono.

El soldado volvió a levantar la barrera de papel que los separaba.

—Buena suerte, hermana.

Irene se dio la vuelta. «Vale, tienes que soltarle alguna fresca.» Fuera de la ventana, jardines traseros y chatarrerías y muelles de carga y bosques desangelados y carreteras estrechas y chimeneas. Colinas achatadas. Fábricas detrás de vallas medio derrumbadas. El poste de una barbería girando en mitad de una calle desierta. Una gran parte del mundo parecía consistir en torres de agua y coches esperando en los semáforos.

—¿Tiene algún consejo?

—Claro —dijo él—. No vaya.

—Gracias, muy esclarecedor. —Se cruzó de brazos.

—Tápese el culo, ¿qué tal ese consejo?

—Disculpe si lo he importunado.

—Mire, no es lugar para...

—¿Para una chica?

Se dio por vencido y, lleno de frustración, arrugó el periódico. Irene se volvió hacia él.

—Quiero servir a mi país —dijo— y esta es la única manera que tengo. No he hecho un donut en mi vida. No sé conducir un camión. Y el café que hago es conocido por dejar incapacitadas a

las víctimas que se atreven a probarlo. Así que, dígame, sargento, que usted es experto. ¿Cómo cree que lo haré?

El soldado ladeó un poco la cabeza.

—Fenomenal —dijo—. Lo va a hacer fenomenal. —Respiró hondo y soltó el aire—. Mire, si la alcanza alguna bala, no va a oírla. Así que mejor que no la alcance ninguna.

El tren estaba aminorando la marcha. Sonaron el silbato y las campanas, y el revisor pasó gritando el nombre de la ciudad. Irene sabía que jamás lo recordaría.

El soldado agarró el bastón y se movió en el asiento, tratando de apartar la pierna metálica.

—Esta es mi parada —dijo—. Voy a casa, a ver a mi madre.

De repente, ella sintió amor por él.

—Buena suerte —dijo—. ¿Algo que decirme?

—Óigame bien —respondió—. Si consigue volver a casa, estará tan agradecida que al principio no se dará cuenta de que ha sobrevivido. Pero, cuando lo haga, empezará a entenderlo. —Se apoyó en el respaldo del asiento de enfrente y, a duras penas, consiguió salir al pasillo.

—¿Entender el qué? —preguntó Irene.

Él la miró un instante y, acto seguido, se bajó del tren.

Buenas noches, Irene

Luis Alberto Urrea rescata del olvido una historia de heroísmo femenino durante la Segunda Guerra Mundial con un emotivo y conmovedor retrato de la amistad y del valor en circunstancias angustiosas.

En 1943, Irene Woodward huye de Nueva York y de su mezquino prometido para alistarse en la Cruz Roja y poner rumbo a Europa. Durante su formación, entabla amistad con Dorothy Dunford, una mujer del Medio Oeste poseedora de un apabullante ingenio. Ambas forman parte de las Nenas de los Dónuts, un selecto grupo de mujeres que viajan en vehículos militares conocidos como Clubmobiles con el propósito de ofrecer camaradería, diversión y sabor hogareño a los combatientes en el frente, y es de este modo como ambas amigas se unen a los soldados aliados que se dirigen a Francia.

Durante su estancia en Europa se verán envueltas en toda suerte de peligros, desde la batalla de las Ardenas hasta la liberación de Buchenwald. Gracias a Dorothy y a Hans, un aguerrido piloto de caza estadounidense, Irene aprende a confiar de nuevo en el ser humano. Pero la esperanza de que los tres sobrevivan a la guerra se va volviendo más débil conforme pasan los días.

AdN

3655042

ISBN 978-84-10138-32-2

